

TARRADELLAS, HOMBRE Y POLITICO

RAMON CHAO

HABLEMOS de sus orígenes. Nació usted en Cervelló, en mil ochocientos noventa y nueve.

—Sí; yo soy de pueblo, no soy de ciudad. No quiero decir nada contra la gente de ciudad, ni mucho menos, pero la gente de pueblo tenemos, realmente, una concepción un poco diferente de las cosas. Porque todo nos es difícil. La gente de ciudad ya se forma una pequeña cultura. La gente de pueblo tiene que luchar para llegar a esa cultura. Es muy difícil, pero esto te da también el coraje, la ambición. Yo soy de una familia muy modesta, muy modesta, de un pueblo que cuando nació tenía trescientos habitantes, de agricultores, como mi familia, y allí me formé hasta la edad de quince años, en que me trasladé a Barcelona con mis padres. Y allí empecé mi vida política, que es muy conocida y no vale la pena contarla.

—¿Siempre dentro del nacionalismo de izquierdas?

—Sí; de mi generación quedamos pocos de los que hemos militado siempre en el nacionalismo de izquierdas de Macià y de Companys y de Layret, estos hombres tan importantes de aquella época.

—Luego ocupó usted cargos oficiales con Macià y con Companys.

—Sí, primero fui secretario de Macià, en mil novecientos diecisiete, hace ya sesenta años. Fui fundador de la Esquerra Republicana y, luego, secretario de este partido durante veinte años o más; fui diputado en las Constituyentes, consejero. Y entonces ya, hasta ahora, estamos pensando y dando vueltas en este mundo de la política, ¿no?

—¿Qué recuerdos guarda de aquellos hombres, de Macià y Companys?

—Como le dije, con Macià estuve desde el año diecisiete hasta el treinta y cuatro, en que tuve unas discrepancias con él, y me salí de la Esquerra. Dejé de ser consejero...

—Macià decía que era usted muy autoritario, ¿no?

—Sí... Bueno, es lo que dice toda la gente, y es lo que se dice ahora, porque ya sabe usted... No es que haya dificultades, al contrario; tengo que estar contento de todos los diputados, de toda la gente de Cataluña, pero dicen esto. Y yo creo que se debe, más que a mi carácter, a mi estatura. Lo que dicen en

Madrid, por ejemplo: "¿Quién es este gigante que viene aquí...?". Y entonces, claro, a veces, sin querer, la expresión de una palabra o el gesto de una mano pueden dar la expresión de un hombre autoritario. Pero no hay para tanto. También soy un hombre que sabe pactar y dialogar.

—¿Y con Companys?

—Con Companys estuve desde el treinta y cuatro hasta el treinta y seis. Tuve entonces pocas relaciones con él, pues yo me opuse al seis de octubre, a la revolución de Cataluña y de Asturias. Yo creí que aquello era un error y desgraciadamente acerté. Así que con Companys no tenía ninguna relación. Yo era diputado desde siempre, nos saludábamos, adiós, adiós, y si podíamos evitar el decir adiós, adiós, lo evitábamos, porque él no aceptó tampoco esta independencia de criterio que siempre he mantenido.

—Yo tengo la idea, tal vez peregrina y quizá porque soy de pueblo, que las discrepancias con personas que no tienen las responsabilidades que tengo yo deben ser muy limitadas. Siempre me gusta aflojar, digamos para entendernos. Pero con gentes que tienen realmente una personalidad, entonces me gusta decir claramente mi opinión, y con Companys discrepé completamente. A pesar de esto, y de que no estaba conforme en nada (se lo dije la víspera del seis de octubre), fui detenido, estuve a su lado, fui procesado dos veces, etcétera; corrí la suerte de todos los que intervinieron en la revolución, y sintiéndome responsable. Eso dejó un regusto... Claro, no hay ninguna relación con esto, pero yo estaba en Madrid el diecisiete de julio de mil novecientos treinta y seis, la víspera de la rebelión militar, y cuando llegué a Barcelona el diecinueve, a primeras horas de la mañana, me presenté en la Generalidad. Yo era diputado, y quise ver a Companys. Pero ya no estaba. Estaba en la Jefatura de Policía. Yo fui a la Jefatura de Policía, entré en su despacho, y me dijo: "¿Y tú qué vienes a hacer aquí?". Estaba muy enfadado conmigo. "Yo soy diputado —le dije—, y estoy aquí, a su disposición". Entonces el hombre se apaciguó (estaba muy nervioso) y me dijo: "Vamos a ver lo que podemos hacer". Y toda la mañana estuve con él. Así

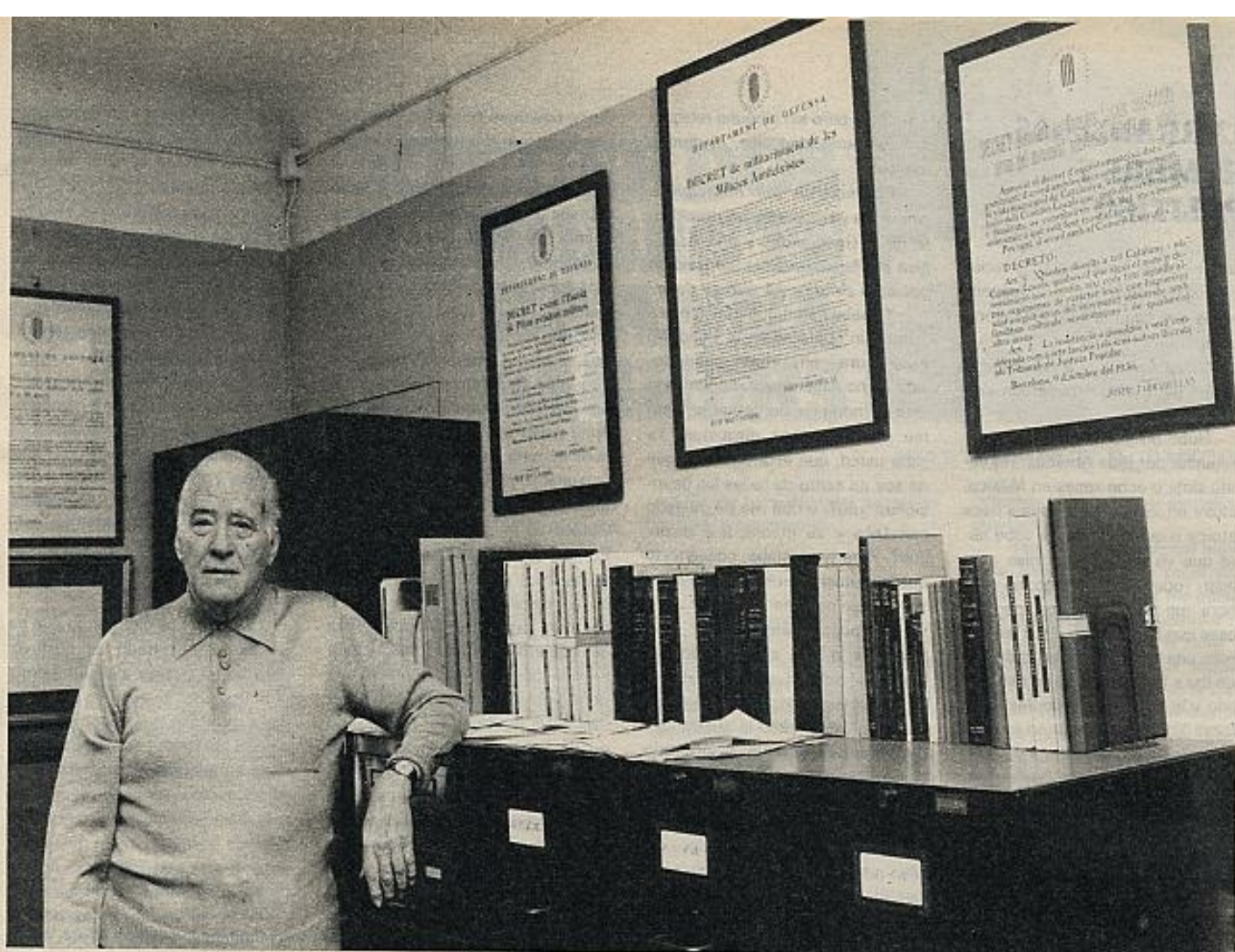
se reanudaron las relaciones que habían existido durante muchos años, y que se habían interrumpido el seis de octubre. Y desde entonces hasta que nos separamos en Francia, tuvimos unas relaciones muy cordiales. Porque Companys era un hombre muy generoso de sentimientos, un hombre al que se le ha conocido mal; sabía mantener también cierta dureza a veces, pero tenía una gran generosidad. Intimamos tanto después de pasar tres o cuatro años sin hablarnos, que durante toda la guerra estuvimos trabajando juntos. Nunca tuvimos grandes discrepancias. Es decir, usted sabe que la Constitución catalana prevé que el presidente puede delegar las funciones ejecutivas. Esto se hizo porque Macià era ya muy anciano. Y lo formidable con

Companys es que jamás le molestó esto. Es inevitable: cuando uno es presidente, y delega las funciones, se corre el riesgo de hacer aquello que decía De Gaulle, "llevar crisantemos" mientras que el otro está actuando; es fácil llegar a alguna fricción. Con Companys no hubo nunca tal problema, debido a su gran generosidad. Emitía sus críticas, y muchas veces tenía razón él, porque era un hombre con un instinto político muy afinado —solía decir que la política era un problema de nariz, de olfato—, y acertaba bastante. Tuvo sus errores, como tengo yo, como todo el mundo, pero tenía un criterio muy acertado de las cosas.

—¿Estuvieron juntos en Francia, durante el exilio?

—No; él estuvo en La Baule, y yo





"En el exilio todo el mundo quería desempeñar el gran rol, ser el gran líder, sin tener en cuenta que el gran líder eran los españoles que estaban allí".

estuve en el centro, en la Touraine. Nos separamos..., no sé, la fatalidad. Las cosas de la vida, ¿no? A veces uno dice, "bueno, si hubiese estado con nosotros"... porque a nosotros nos dio tiempo para marcharnos hacia el Sur, y él se quedó en La Baule. Y claro, se produjo la gran tragedia; su hijo (ya sabe usted que estaba enfermo), y el destino trágico de la familia Companys que parecía perseguida por una especie de fatalidad trágica. Su madre murió después de una penosa enfermedad, sus hermanos se suicidaron y el hijo murió desequilibrado. Y esto le retenía un poco en la zona ocupada. Pero en fin; fue dramático todo aquello, mientras que si él hubiera pasado a la zona libre, seguramente hubiera podido escaparse, irse a México o a otro sitio. Pero la fatalidad lo quiso así: Companys era un hombre que llevaba esta marca encima de él.

—¿Cómo salió usted de Cataluña?

—Salimos juntos el último día de la guerra. Pasamos la frontera con Negrín, con Aguirre, y pronto empezamos a trabajar, pues éramos medio millón de españoles exiliados y había que organizarse. Y yo me quedé aquí. Me parece (y sin jactancia alguna) que he sido el

único español, no catalán, el único catalán-español con cargos políticos y de gobierno de España que se quedó en Europa. Todo el mundo se marchó a América e hicieron bien, ¿no? Pero yo me quedé. Y por eso he sido detenido en Francia diez o doce veces: por la Gestapo, por la Policía francesa y española, pidieron mi extradición, etcétera. Mire usted, el otro día, en Madrid, cuando entraba en el Ministerio de la Gobernación, se me presentó un capitán de la Guardia Civil y me saludó militarmente. Yo dije: "Y pensar que Franco pidió mi extradición, y que estuve cuatro meses detenido en la cárcel de Marsella, que era terrible, y ahora estoy aquí. Si mi señora lo viera, no lo creería". Así es la vida de un político. Todo el mundo ha sufrido tanto en el exilio que no vale la pena ni hablar. Además, yo estoy hablando cuando tantos miles y miles de españoles han muerto.

—Decía que inmediatamente se dedicó a organizar a la gente del exilio. ¿En qué forma?

—Bueno, pasó lo siguiente: la única salida que teníamos nosotros era el puerto de Marsella. Y todo el mundo quería marcharse. No podía ser, claro. Pues se marcharon los

políticos, los intelectuales; se hizo una cierta selección de gente. Yo era la persona encargada de hacer las listas de todos los exiliados españoles que se marchaban. Estaba en relación con la Embajada de México. En eso trabajé hasta el momento en que me detuvieron. Cuando me liberaron, me fui durante un año a Suiza. Allí estuve con mi familia gracias al Gobierno mexicano, que sufragó todos los gastos. Cuando se liberó la Alta Saboya pasé a pie, andando, llegando a París pocos días después de la liberación.

—Y luego, tras la liberación, ¿cómo vivió usted en Francia?

—Pues siempre lo mismo, siempre con esta Cataluña que la tengo metida aquí, en el corazón, y no solamente Cataluña, sino España y todos los pueblos españoles. Al llegar a París, tenía la ilusión de que el franquismo se iba a terminar, y que íbamos a volver a España. Entonces se formó el gobierno Giral. Yo fui nombrado ministro y no acepté; no tomé posesión del cargo. Porque yo creía que todo eso nos separaba de España. La gente del interior, los que tenían ya veinte años, no podrían comprender cómo en Francia, en México o en Paraguay había

un gobierno republicano con un ministro de Agricultura. Todo esto me parecía risible, con todos los respetos por la República, y yo soy republicano, pero de eso a aceptar tales cargos hay mucha diferencia. Todo esto ha hecho que mucha gente me mirase con malos ojos, pero me es igual, pues yo creía que esa era la política sensata.

—En mil novecientos cincuenta y cuatro fue nombrado usted presidente de la Generalidad. ¿Puede recordarnos cómo se efectuó esta elección?

—Bueno, nosotros queríamos que la Generalidad tuviera una continuidad, y en mil novecientos cincuenta y dos dimitió Josep Irla, que era vicepresidente del Parlamento, un hombre ya de una cierta edad, y entonces, como queríamos que la Generalidad tuviese una continuidad, el presidente me delegó los poderes. Luego, en mil novecientos cincuenta y cuatro, en México, se hizo efectiva la dimisión, y entonces los diputados catalanes me eligieron. No seis o siete, como se ha dicho, sino la mayoría del Parlamento. Lo que pasa es que algunos explotan el hecho de que los diputados que estaban en Europa, pues no pidieron a Franco un pasaporte

TARRADELLAS, HOMBRE Y POLITICO

para ir a México para votar, lo hicieron por delegación, por correspondencia. Así que me votó la mayoría de diputados.

—Usted fue luego a los Estados Unidos para entrevistarse con don Juan.

—Hubo un momento en que viajé mucho por toda América. He estado siete u ocho veces en México, estuve en los Estados Unidos hace catorce o quince años; ya sabe usted que yo no tenía permiso para viajar. Todavía no lo tengo; no sé si ahora me darían visados, con las cosas que han pasado. Pero me sucedía una cosa, y es que cada vez que iba a México, como no tenía visado y lo sabían, cuando llegaba a Nueva York y me ponía en la cola, ya sabía que me iban a llamar: "¡Señor Tarradellas!"; bueno, me daban una botella de coca-cola y me metían en una pequeña sala y esperaba y esperaba a que saliera el avión. Luego me acompañaba la Policía hasta el aparato, y todos los pasajeros me miraban como si fuera un traficante de drogas o como si me dedicara a la trata de blancas. Pero tenía la revancha al llegar a México, pues cuando los altavoces llamaban a los "señores pasajeros con pasaporte diplomático", yo enarbolaba mi pasaporte y pasaba el primero, sin que me revisaran. Esta ha sido mi vida continuamente, ¿no?

—En aquel viaje a Washington, ¿usted no trató de ver a don Juan, para negociar con él sobre el Estatuto?

—¡Noooo!, ¡no!, ¡no! Nada de eso. Mire usted, yo no he hecho ninguna política en ese sentido. Entonces estaba Areilza de embajador, y estaba también un gran amigo mío, corresponsal de prensa, Massip. Hablamos de muchas cosas, de lo que pasaba por el mundo, etcétera. Porque, ¿sabe usted?, yo vivo en la Touraine, y siempre he estado muy al margen. Yo vivo a catorce kilómetros de Tours. Ya vivían allí mis padres, y he estado en ese pueblo durante treinta y dos años. Pues fíjese usted que en Tours se publica un periódico que tira trescientos cincuenta mil ejemplares, más que "La Vanguardia", y el lunes pasado descubrieron que yo vivía en Tours. Nadie sabía que yo vivía allí, porque mi obsesión eran las cosas del interior. Y cuando fui a Washington tenía esa curiosidad de saber lo que ocurría en

el mundo, pero sin ninguna relación con los que usted dice, ni mucho menos.

—Estamos en mil novecientos cincuenta y cinco. Hay un presidente de la Generalidad y una Asamblea de Parlamentarios, pero no un gobierno catalán. ¿A qué se debe?

—Ya sabe usted que nunca quise formar un gobierno en el exilio. Mi éxito ahora, ¿eh?, ahora, puede residir en no haber aceptado jamás la idea de nombrar un gobierno. Esto me costó muchos disgustos. Ya sabe usted, que está en París, que no soy un santo de todas las devociones, ¿no?, y que me he peleado con Dios y su madre, que dicen, ¿no? Pero yo estaba convencido que si hubiera hecho un gobierno, un consejo nacional, en vistas a llevar una política internacional —con buena fe o con afán vanidoso—, como ha hecho mucha gente, Cataluña hubiese sido una segunda Euskadi. Ya ve usted la guerra civil que existe en Euskadi. A mi modo de ver es una guerra civil; es una guerra contra el Estado, pero también es una guerra entre los vascos que no parece tener solución. Yo creo que se debe, precisamente, a que el gobierno de Euskadi (Aguirre) cometió el error (yo no quiero criticar a Aguirre); la concepción que tenía de la política, el deseo de hacer una política internacional de nombrar un gobierno. Yo he creído, contra el parecer de muchos catalanes, de muchos amigos míos, que el problema de Cataluña no era un problema internacional, sino interior de España, y me negué absolutamente a crear un gobierno, peleándome con todo el mundo como he dicho antes, teniendo disgustos enormes, no haciendo ningún consejo nacional, ni protestando de nada de lo que no tenía que protestar, porque, naturalmente, me consideraba catalán y español a la vez y esto no va. Pero gracias a esto, ahora tengo la gran satisfacción de ver que la generación actual está al lado del presidente, me apoya, mientras que en el País Vasco ha habido esta guerra civil. Porque no se dieron cuenta que nosotros, que perdimos la guerra, no podíamos tener la pretensión de imponer a las generaciones que venían unas concepciones políticas de unos hombres que ellos consideraban fracasados. Esta es la realidad. Y por eso sale la ETA, cuando se encuentra con unos hombres de buena fe, que habían cumplido con su deber, pero que querían continuar la política como si no hubiera pasado nada. La política correcta consistía en que cuando Franco entró en la ONU, nosotros ya habíamos acaba-

do, y teníamos que esperar a que nos llamaran. Y usted sabe lo que ha pasado en el exilio, que todo el mundo quería desempeñar el gran rol, ser el gran líder, sin tener en cuenta que el gran líder eran los españoles que estaban allá, no aquí. Esta ha sido mi política, y continúa siéndola. Ya le digo, yo no haré nada sin un acuerdo de los partidos, y así he obtenido hace tres días, aquí, en París, el acuerdo unánime de todo el mundo. En fin, perdónese usted que hable tanto de mí, pero es para explicarle un poco la persona, ¿no?, y que esta ha sido la base, digamos, de mi triunfo, de mi éxito o de lo que sea, en Madrid. Porque, claro, ellos saben muy bien quién soy, y que jamás me he metido en camisas de once varas. Yo soy muy catalán, muy nacionalista de izquierdas catalán, desde toda mi vida, pero, además, tengo la responsabilidad de ser catalán y de ser español a la vez, y por lo tanto no puedo hacer una política que no tenga en cuenta ambas circunstancias. Y, repito, toda mi política ha sido establecida pensando en las nuevas generaciones del interior: la primera generación en general, en general, fue mala; la segunda ha sido buena, muy buena, y la tercera será fantástica. A estas generaciones no se le pueden dar consejos. Hay políticos que usted conoce muy bien que dicen: "Nosotros hicimos tal cosa, porque cuando tal y cual, y que si en Madrid o que si en Barcelona, si Caballero, si Macià..."; pues yo jamás he dado consejos a nadie si no me los pidieron. Y esto creo que ha sido eficaz. Claro, podía haber fracasado, pero le aseguro que esto me proporcionó disgustos enormes, porque me he tenido que pelear con amigos de toda la vida, y esto siempre duele mucho.

—Y de sus archivos, de los que tanto se habla, ¿puede decir algo?

—¡Ja, ja, ja, ja...!

—¿Secreto de Estado?

—Secreto de Estado. Mire usted, lo que me gustaría es que se arreglara todo para poder acceder a lo que todo el mundo me solicita: poder escribir un poco, con un equipo. Porque en España esto está muy mal; la gente escribe "de oído", que digo yo, pero no investiga. Y hay mucho documento en Salamanca, por ejemplo, donde se guarda mucha cosa de todo carácter referente a la guerra, principalmente, y me gustaría mucho colaborar y hacer algo, pero creo que esto, si tengo salud, lo haré, porque mi deber consiste en decir: "Bueno, señores, esto está aquí y hagan ustedes su trabajo". Las generaciones jóvenes

tienen que trabajar y yo descansaré un poco, pues me lo merezco después de más se sesenta años de actividad política.

—¿Le sorprendieron los resultados de las elecciones en Cataluña?

—No. Estaba convencido de que iban a ganar las izquierdas. Cataluña es un pueblo de izquierdas, y después, Cataluña es algo tan admirable... Perdónese usted...

—... Yo soy gallego...

—Bueno, entonces me comprenderá usted un poco, o mucho...; es tan admirable esta cosa que pasa siempre y ahora mismo, esta unanimidad: desde el señor Sentís hasta el señor López Raimundo, pasando por Raventós...

—... Pero no por López Rodó, que se abstuvo.

—Sí; ya le voy a contar lo que ha pasado. López Rodó se abstuvo, pero no en cuanto a la autonomía ni al Estatuto: se abstuvo de votarme a mí. Hace tres días me telefonaron de casa para decirme que tenía un telegrama de López Rodó. Ahora, cuando he ido a Madrid, tomé una iniciativa de la que se ha hablado bastante: fui yo quien quiso ir a visitar a todos los líderes políticos; a todos, sin excepción. Siempre fui acompañado por un diputado, unas veces Sentís, otras Gregorio, etcétera, y yo quería visitar a Fraga con López Rodó, porque él es diputado, etcétera. Me desaconsejaron que se lo pidiera, y no se lo pedí para no recibir el no. Pero Fraga, que es un hombre con un carácter un poco difícil —o bastante difícil—, cuando le dijeron que lo quería ver, lo aceptó inmediatamente, y, además, dijo, con una condición: "Le invito a cenar". Pues no, esto no; no es para tanto... En fin, para decirle que el caso de López Rodó se resolverá también. Yo creo que poco a poco comprenderá.

—¿Cómo cree usted que puede conciliar las tres legitimidades que usted tiene?

—¿TRES?

—Sí, tres: la histórica y republicana, la democrática que le da la Asamblea de Parlamentarios y, finalmente, la que parece querer otorgarle la Corona...

—Ja, ja, ja... ¡Tengo suerte, ¿eh?!... Bueno, es un caso un poco especial, pero soy optimista. Porque, francamente, mire usted, yo llegué a Madrid muy preocupado —no de que me pasara nada—, pero, en primer lugar, sabiendo que Madrid no quiere dar nada. No me refiero ya a la Monarquía: ni a la República, ni a Franco, ni a nadie. Es normal. El Gobierno no da, hay que ganarlo. Además, yo soy un

poco duro también (eso dicen), y no transijo en las cosas. Y me encontré con un hombre joven también muy duro, muy inteligente y simpático —uno de estos castellanos que sabe lo que quiere— y la cosa era difícil. Yo pensaba quedarme en Madrid tres días y estuve ocho días. Pasamos por momentos casi dramáticos, puede usted creerme. Yo pensaba: "Bueno, de aquí, de Madrid, te vas al Sena". Porque Cataluña es un pueblo muy sentimental, y en algunos aspectos ingenuo. Podrían pensar que iba a Madrid para volver con el Estatuto, la anulación del Decreto de Franco, mi retorno, la Generalidad. Claro, yo fui a ver al presidente Suárez con el propósito bien definido de **no pedirle nada**. Catalán pedigüeño no lo soy, ¿no? Yo le dije que solamente pedía dos cosas: que me explicara cuál era su pensamiento referente a Cataluña, y que me permitiera explicarle lo que yo quería. Y aquí empezó toda la gran discusión, porque no podía ir de ninguna manera a plantear problemas de cocina: que si el Estatuto, que si Franco, que si Hitler, que si la Generalidad... Todo esto tenía que venir resuelto desde arriba, desde el establecimiento de una filosofía con lo que él deseaba conceder y yo lo que quería. Esta gran discusión duró dos horas **tremendas**, y no se llegó a ningún acuerdo. Pero al día siguiente las cosas fueron por otro camino; tal vez hubo más comprensión por parte de ambos, o quizá más deseos de **no romper**. Después, mi visita a la Corona creo que fue determinante, y permitió esa nota que usted conoce y que ahora estudiamos los parlamentarios de Cataluña y yo. Porque el catalán siempre tiene la pretensión de pensar que en Madrid, pues nada; el catalán, como es un gran comerciante, se cree que todo está hecho; es muy listo. Y en Madrid, cuando se va, pues ellos ya vuelven, ya te esperan en la esquina. Entonces hay que ir con muchas prevenciones y tenemos que ver cómo vamos a llevar conjuntamente esta acción.

—¿Cuáles son sus relaciones, su actitud, ante la Asamblea de Parlamentarios?

—Son fantásticas. Ya sabe que estuvieron aquí el otro día...

—¿Piensa usted delegar algunos poderes en el cabeza de lista de los parlamentarios?

—No. No; mire usted: primeramente, lo que tengo que hacer es estar en Cataluña. Yo he dicho siempre que el primer día que esté en Cataluña voy a disolver el Parlamento catalán, y delegar mis funciones ejecutivas a una persona.



"Soy un hombre que sabe pactar y dialogar".

Delegaré en esta persona cuando sepa lo que piensan todos los partidos —no voy a delegar en un amigo mío, sino en alguien que pueda representar el máximo de opiniones de la Asamblea de Parlamentarios—.

—¿Qué opinión le merecieron los políticos que vio en Madrid?

—Excelente.

—Tierno Galván, por ejemplo.

—Excelente. Yo no le conocía. Me escribió hace dos meses una carta muy amable. Pasé una tarde con él. Y me dio informaciones muy importantes.

—¿Y Felipe González?

—Es un líder político que tiene una simpatía extraordinaria, quizá demasiada —digo yo, vamos—, porque cuando estos andaluces tienen tanta simpatía, nosotros los catalanes estamos en otro mundo. Pero estuvimos charlando con él, con Múgica, y muy bien. Todos los polí-

ticos me parecieron de gran valor. Y encontré muy bien, con gran lucidez intelectual a pesar de su edad, a Gil-Robles. Me sorprendió extraordinariamente, porque yo fui diputado con él en las Constituyentes, y me dijo lo que yo no sabía: que solamente quedamos quince diputados de aquellas sesiones. Pero charlamos ampliamente y él fue el que lanzó esa idea de que yo era un tanque que había llegado a Madrid y que abría un boquete que no hay manera de cerrarlo. Con Carrillo también me entrevisté, pero ya lo conocía desde hace cuarenta años, y siempre ha habido una gran amistad.

—¿Y gente del poder?

—Calvo-Sotelo me pareció una persona muy inteligente.

—¿Y Martín Villa?

—Bueno, la ventaja que tuve con Martín Villa es que conoce Cataluña muy bien. Conoce el problema y

no sé por qué intimamos rápidamente. Yo soy un hombre al que tiene la gente mucha simpatía o me tiene rabia. Una de las dos. Pero tanto con Martín Villa como con Suárez, la cosa fue bien.

—Tal vez intentaran una operación con usted: prestigiar la Unión de Centro Democrático en Cataluña, que vuelva usted con el Rey...

—Sí, pero pasa lo siguiente: después de ese golpe de audacia que hice sin decir nada (el presentarme allá y todo lo que pasó), todo el mundo —o casi todo— quiere capitalizarme un poco. Pero a mí no me capitaliza nadie. No; yo tengo una línea. Yo me debo a Cataluña, me debo a los parlamentarios y a nadie más. Claro, ellos aprovechan este éxito espectacular, la televisión ha presentado al presidente de la Generalidad, del que mucha gente no había oído hablar nunca, las revistas y los periódicos han publicado fotos mías. El Gobierno se aprovecha de esto. Es normal. Pero nada más. El amigo Sentís me ha acompañado en ciertas visitas, pero en otras no, porque las relaciones que he tenido yo con el presidente Suárez siempre han sido solos los dos.

—Hay un problema entre el Gobierno y Cataluña, que no es el del Estatuto ni el de la Generalidad. Eso parece fácil de resolver, incluso con las leyes actuales. Parece ser que el problema es que usted no quiere ir a Cataluña sin un mínimo de condiciones; unas condiciones que serían los mismos poderes que se tenían antes de la aprobación del Estatuto, y a ser posible, ampliados. Se dice que el Gobierno le empuja a regresar, y estaría dispuesto a hacer concesiones, con la única condición de que usted vuelva. Por otra parte, también se dice que usted está dispuesto a morir en el exilio sin esos poderes mínimos y efectivos de gobierno. ¿Cómo se puede resolver esto?

—Bueno, aunque yo no le quiera confirmar que el esquema sea tal y como usted lo expone, lo cierto es que no se trata de ningún problema personal. Hay algunos dirigentes políticos que me tienen algo de manía y dicen que sólo me interesa mandar. No, no se trata de mandar. Pero hay un problema, es cierto, que ni los juristas que me asesoran, ni los juristas del Gobierno han podido resolver por ahora. Así que hay que estudiar la forma de resolver esto. Y debo decir que Tierno Galván me dio una idea que yo no tenía, a pesar de la competencia de mis asesores jurídicos. Esa idea puede constituir el comienzo de una solución. ■ R. CH. (Fotos: F. MARULL)